



Daphne du Maurier

Rebecca

Galaxia Gutenberg

DAPHNE DU MAURIER

Rebecca

Traducción de
Fernando Calleja Gutiérrez

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Rebecca*
Traducción del inglés: Fernando Calleja Gutiérrez,
cedida por Penguin Random House Grupo Editorial

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: septiembre 2016

© The State of Daphne du Maurier, 1938
© de la traducción: Fernando Calleja Gutiérrez
© Penguin Random House Grupo Editorial
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 18771-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-15-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos
de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

CAPÍTULO I

Anoche soñé que volvía a Manderley. Me encontraba ante la verja del parque, pero durante unos momentos no podía entrar. La puerta estaba cerrada con cadena y candado. Llamé en sueños al guarda, pero nadie me contestó, y cuando miré detenidamente a través de los barrotes mohosos de la verja, vi que la caseta estaba abandonada.

No salía humo de la chimenea y las ventanucas y sus celosías bostezaban en su abandono. Entonces, como todos los que sueñan, me sentí de repente dotada de una fuerza sobrenatural y atravesé como un espíritu la barrera que me detenía. El camino serpenteaba ante mí, retorcido y tortuoso como siempre, pero según avanzaba, noté que había cambiado; ahora era estrecho y estaba descuidado, no como yo lo había conocido. Al principio me extrañó y no lo comprendía; pero cuando tuve que bajar la cabeza para no tropezar con una rama que cruzaba el camino, me di cuenta de lo ocurrido. La naturaleza había reconquistado lo que una vez fue suyo y, poquito a poco, con sus métodos arteros e insidiosos, había invadido el camino, extendiendo por él sus dedos largos y tenaces. El bosque, siempre amenazador, incluso en tiempos pasados, había triunfado al fin. Oscuro y salvaje, llegaba hasta los bordes del camino. Las hayas, de tronco blanco y desnudo, se inclinaban las unas hacia las otras y entrelazaban sus ramas en un extraño abrazo, formando sobre mi cabeza una bóveda como la de la nave de una iglesia. Vi otros árboles mezclados con las hayas, que no reconocí: robles achaparrados y olmos retorcidos que habían nacido de la tierra silenciosa, junto a las plantas y arbustos disformes de los que tampoco me acordaba.

El camino había quedado reducido a un estrecho sendero, ya sin grava, ahogado de hierbas y musgo. Abundaban en los árboles las ramas bajas que estorbaban el paso; las raíces retorcidas parecían garras esqueléticas. Dispersos entre la maleza, pude reconocer algunos arbustos que en nuestros tiempos habían sido macizos graciosos y cuidados, como

aquel de hortensias de tallos elegantes, cuyas flores azuladas llegaron a adquirir cierto renombre. Nadie las cultivaba ahora y se habían vuelto silvestres; se elevaban creciendo desmesuradas, incapaces ya de florecer, negruzcas, feas, como los parásitos anónimos que crecían junto a ellas.

Aquel pobre hilillo blanco que un día fue nuestro camino avanzaba más y más, torciendo ora a la derecha, ora a la izquierda. Algunas veces creí que desaparecía, pero surgía de nuevo, acaso bajo un árbol caído o luchando con el barro de una ciénaga nacida de las lluvias invernales. El camino me pareció más largo que antes. Evidentemente, los kilómetros se habían multiplicado, como lo hicieran los árboles, y este camino únicamente conducía a un laberinto, a una espesura impenetrable, y no a la casa. Pero, de repente, ésta apareció ante mí. La avenida que conducía hasta la puerta estaba casi borrada por el desmesurado crecimiento de matojos exuberantes que se extendían por todas partes. Me detuve, con el corazón laténdome con fuerza en el pecho, mientras sentía en los ojos la extraña punzada de las lágrimas.

¡Allí estaba Manderley! ¡Nuestro Manderley!, reservado y silencioso, como siempre. Sus piedras grises brillaban a la luz de la luna de mi sueño, y las vidrieras reflejaban los verdes macizos de césped y la terraza. El tiempo no había logrado destruir la perfecta simetría de aquellos muros, ni el lugar sobre el que se alzaban como una joya en el hueco de la mano.

La terraza se fundía en los macizos, y los macizos en el mar; al volver la cabeza pude ver la sábana de plata, tranquila a la luz de la luna, como un lago al que no inquieta la brisa o el aquilón. Ni una ola rizaba aquellas aguas de ensueño, ninguna nube impelida por el poniente oscurecía la claridad del pálido firmamento. Volví a mirar la casa, y aunque se alzaba inviolada e intacta, como si la acabáramos de abandonar, vi que el jardín había obedecido la ley de la selva, igual que el bosque. Los rododendros medían más de cincuenta pies y se retorcían abrazados en extraño maridaje con una multitud de arbustos anónimos, pobres advenedizos, que se agarraban a sus raíces como si se dieran cuenta de su origen bastardo. Se veía un lilo enlazado con un haya roja, y, como si quisiera hacer la unión más fuerte, la hiedra malévola, sempiterna enemiga de lo grácil, había extendido sus zarcillos en derredor de la pareja y la había hecho prisionera. La hiedra reinaba en el jardín abandonado; sus largas ramas se arrastraban sobre el césped, y pronto llegarían hasta la misma casa. Otra planta, brote espurio del bosque, cuyas semillas tiempo atrás habían quedado disper-

sas y olvidadas bajo los árboles, ahora marchaba junto a la hiedra e imponía su fealdad de ruibarbo monstruoso sobre los suaves bancales de césped donde antes florecían los narcisos.

Crecían por todas partes las ortigas, vanguardia del ejército invasor. Ahogaban la terraza, se desperezaban en los senderos, se inclinaban, vulgares y delgaduchas, contra las ventanas de la casa. Centinelas descuidadas, habían dejado que rompieran sus filas los arbustos de ruibarbo; sus cabezas arrugadas, sus tallos encogidos formaban veredas frecuentadas por los conejos. Pasé del camino a la terraza, pues las ortigas no eran barrera para mí, una soñadora. Caminaba encantada y nada podía detenerme.

La luna sabe jugar con la imaginación, hasta con la imaginación de una persona que duerme. Estaba frente a la casa, callada, silenciosa, y habría podido jurar que Manderley no era un caparazón vacío sino que vivía y respiraba como en otros tiempos.

Veía luz en las ventanas; la brisa de la noche movía suavemente las cortinas, y allí, en la biblioteca, la puerta estaba mal cerrada, como la habíamos dejado, y junto a un jarrón de rosas, mi pañuelo olvidado.

El cuarto mismo era testigo de nuestra presencia allí: un montón de libros preparados para ser devueltos a la biblioteca y un número desechado de *The Times*; ceniceros con alguna colilla; almohadones que aún conservaban las huellas de nuestras cabezas, tirados sobre las sillas. En el hogar, los rescoldos de fuego, que durarían hasta la madrugada, y *Jasper*, nuestro querido *Jasper*, con sus ojos expresivos y sus dientes poderosos, estaría tumbado en el suelo, tabaleando con el rabo sobre el piso al oír las pisadas del amo.

Una nube, que antes no había visto, cubrió de repente la luna y se detuvo un instante, como una mano sombría que escondiera una cara. Desapareció la ilusión con ella y las luces de las ventanas se apagaron. Volví a ver solamente un cascarón desolado, inanimado, abandonado hasta de los fantasmas, sin que ni un eco del pasado se agarrase a sus paredes desnudas.

La casa era una tumba, y allí estaban nuestras angustias y sufrimientos enterrados en las ruinas. No resucitarían. Cuando ya despier-ta recordase Manderley, lo haría sin amargura. Pensaría en lo que habría podido ser, en que yo habría podido vivir allí sin sufrimientos. Me acordaría de la rosaleta en verano y del gorjeo de los pajarillos al amanecer. De la hora del té bajo el castaño, del rumor del mar que nos llegaba a través de los prados.

Pensaría en las lilas en flor y el Valle Feliz. Esas cosas eran permanentes y no podían desaparecer. Eran recuerdos que no podían causarnos dolor. Todo esto pensaba aún soñando, mientras las nubes ocultaban la cara de la luna, pues como muchos, al dormir sabía que estaba soñando. La verdad era que me encontraba durmiendo a muchos cientos de millas, en tierra extranjera, y que despertaría, pasados unos segundos, en el desnudo cuartito de un hotel cuya vulgaridad anónima me serviría de consuelo. Suspiraría un segundo, me desperezaría, daría la vuelta, y al abrir los ojos me sorprendería el sol resplandeciente, el cielo límpido y duro, tan distinto de la suave claridad de la luna de mi sueño. Comenzaría nuestro día, largo y monótono, es verdad, pero lleno de cierta paz, de una bendita tranquilidad que antes no habíamos conocido. De Manderley no hablaríamos, ni yo le contaría mi sueño. Porque Manderley ya no es nuestro; Manderley ya no existe.

CAPÍTULO II

Una cosa es segura: ya no podremos volver allí. El pasado queda aún demasiado cerca. Todo lo que hemos procurado olvidar se removería de nuevo, y aquella sensación de miedo, de inquietud furtiva, aquella lucha contra un pánico ciego e irracional –a Dios gracias, ya acallado–, podría, por alguna circunstancia ignorada, volver a la vida para perseguirnos como antes.

Él tiene una paciencia admirable y nunca se queja; ni siquiera cuando se acuerda..., lo cual ocurre, me parece, con más frecuencia de lo que él quisiera darme a entender.

Lo noto porque algunas veces se queda de repente como perdido y ensimismado; se borra la expresión encantadora de su cara, como si una mano invisible se la hubiera robado, y en su lugar aparece una máscara, esculpida, rígida, helada, siempre bella pero sin vida. Comienza a fumar cigarrillo tras cigarrillo, sin molestarse en apagarlos, y las colillas, aún encendidas, van cayendo al suelo como pétalos. Empieza a hablar deprisa y con pasión acerca de cualquier cosa, agarrándose al tema como si fuera un remedio seguro contra todo dolor. Creo que existe una teoría según la cual el dolor purifica y fortalece a hombres y mujeres, y añade que para perfeccionarse, tanto en este mundo como en el otro, es necesario pasar por la prueba del fuego. Pues aunque suene irónico, eso es lo que hemos hecho nosotros sobradamente. Los dos hemos conocido el terror y la soledad, y la angustia más intensa. Claro que, antes o después, a todos nos llega en esta vida un momento que nos pone a prueba. Cada uno de nosotros tiene un demonio propio que nos persigue y atormenta, y al final hemos de luchar contra él. Nosotros hemos vencido al nuestro, o así lo creemos.

Ya no nos persigue. Hemos salido vencedores de la prueba, aunque no hayamos escapado ilesos. Él siempre presintió el desastre, y con motivo. Hoy podría decir, como una mala actriz en una obra vulgar, que «hemos pagado el precio de nuestra libertad». Pero yo he conoci-

do durante mi vida demasiadas situaciones melodramáticas y daría con gusto mis cinco sentidos para asegurar la paz y la tranquilidad de que gozamos ahora. La felicidad no es un bien que pueda atesorarse; es una manera de pensar, un estado de ánimo. No es que algunas veces no nos sintamos deprimidos, pero también conocemos momentos que escapan al reloj y se hacen eternos, y entonces, cuando observo su sonrisa, sé que estamos juntos, que avanzamos al unísono, sin que ningún conflicto de opinión o pensamiento pueda separarnos.

Ahora no tenemos secretos para el otro. Todo lo compartimos. Es verdad que este hotelito es aburrido, y la comida no vale nada, y que los días pasan con monotonía, pero no deseamos otra cosa. En cualquiera de los grandes hoteles nos encontraríamos con demasiados de sus conocidos. A los dos nos gusta lo sencillo, y si alguna vez nos aburrimos, pensamos que el aburrimiento es un buen antídoto contra el terror. La rutina gobierna nuestras vidas; yo, ¡quién lo iba a decir!, resulta que leo muy bien en voz alta. La única cosa que a él le impacienta es que se retrase el cartero, pues eso quiere decir que tendremos que esperar otro día antes de recibir el correo de Inglaterra. Hemos intentado escuchar la radio, pero el ruido nos irrita y preferimos acumular nuestro entusiasmo; el resultado de un partido de críquet jugado hace varios días significa mucho para nosotros.

Hemos luchado contra el tedio, interesándonos simplemente por las competiciones de los alrededores, por los combates de boxeo y hasta por los campeonatos de billar. Las finales entre los equipos de varios colegios, las carreras de galgos, las curiosas y modestas competiciones de dos condados remotos..., todo ello nos satisface. Algunas veces caen en mis manos algunos números atrasados del *Field* y me encuentro transportada repentinamente desde esta isla insulsa a la realidad de la primavera en Inglaterra. Veo sus arroyuelos, los brillantes insectos de mayo, los valles verdosos donde crecen las acederas, las cornejas que vuelan por encima de mi cabeza, en círculos, como lo hacían en Manderley. Aquellas páginas manoseadas y rotas me traen el perfume de la tierra mojada, el gustillo acre de la turba de los marjales, la sensación del musgo jugoso, manchado de blanco por las garzas.

Una vez me encontré con un artículo sobre palomas torcaces, y, según lo leía en voz alta, me pareció estar otra vez en el parque oscuro de Manderley, mientras las palomas revoloteaban por encima de mí. Escuché de nuevo su arrullo, suave y complacido, tan agradable y fresco en las tardes calurosas del verano; nada alteraría la paz hasta que *Jas-*

per llegase brincando por entre las matas, buscándome, con su hocico húmedo pegado al suelo. Las palomas, como corro de viejas sorprendidas durante sus abluciones, alzaban el vuelo desde sus escondrijos, con ridículos aspavientos, y se alejaban batiendo ruidosamente el aire con las alas hasta desaparecer entre los copudos árboles. Volvía entonces a reinar el silencio en aquella soledad y yo, inquieta sin motivo, me daba cuenta de que el sol había cesado de trazar sus arabescos sobre las hojas rumorosas, que las ramas se habían vuelto oscuras y las sombras, más largas. De vuelta a casa encontraríamos frambuesas frescas para el té. Me levantaba de mi cama de helechos, sacudiéndome la falda del polvillo de las hojas del año anterior, y silbando a *Jasper*, emprendía el camino de la casa, avergonzada, según andaba, por mis rápidos pasos, por aquella mirada que echaba a hurtadillas hacia atrás.

¡Qué raro que un artículo sobre las palomas torcaces pudiera recordarme tan vívidamente el pasado, hasta el punto de hacerme temblar la voz al leerlo en voz alta! Callé de pronto al ver la palidez de su rostro, y comencé a pasar las hojas con rapidez hasta dar con una crónica aburrida acerca de un partido de criquet: la descripción de cómo el equipo de Middlesex había ido acumulando tantos en el campo del Oval un día en que el terreno estaba seco y duro. Bendije a aquellos fornidos jugadores con sus pantalones de franela, pues al cabo de unos minutos vi que su expresión era de nuevo tranquila, le había vuelto el color a la cara y comenzó a criticar con simpática irritación la técnica de ataque del equipo de Surrey.

Nos habíamos librado de caer en el pasado, y yo ya había aprendido la lección: leer noticias de Inglaterra, eso sí, de deportes, de política, de sociedad; pero guardarme para mí todo lo que pudiera ser causa de sufrimiento. Los colores, los perfumes, los ruidos, la lluvia y el beso de las aguas, hasta las neblinas otoñales y el aroma de la pleamar, todos recuerdos de Manderley que no podremos olvidar. Hay quien tiene el vicio de leer las guías de ferrocarriles. Proyectar viajes interminables a través del país, sólo por el gusto de calcular transbordos inverosímiles. Mi manía es menos tediosa, aunque igual de rara. Soy una fuente inagotable de datos acerca de la vida rural inglesa. Sé de memoria quién es el dueño de cada coto, y hasta quiénes son los arrendatarios. Sé cuántos faisanes, cuántas perdices, cuántos venados se cobran. Sé dónde abunda la trucha y dónde salta el salmón. Voy a todas las cacerías de zorros, y no hay batida a la que no asista. Hasta conozco los nombres de los que pasean a los cachorros de sabueso. El estado de las

cosechas, el precio del ganado cebado, las misteriosas enfermedades de los cerdos: todo me hace disfrutar. Tal vez sea ésta una manera tonta de pasar el tiempo, y no muy intelectual, pero me trae un poco de aire de Inglaterra y luego puedo mirar con más serenidad este cielo reluciente.

Estos viñedos achaparrados, estas pedrizas tremendas, ¿qué importan? Si quiero, puedo dar rienda suelta a la imaginación e irme a coger dedaleras y las collejas descoloridas que crecen junto a los setos húmedos.

¡Pobres caprichos de la imaginación, tiernos y delicados! Son los enemigos de la amargura y del pesar y endulzan la soledad que nos hemos impuesto.

Gracias a ella puedo gozar de las tardes y volver sonriente y descansada para asistir al pequeño ritual del té. El orden no varía nunca. Dos rebanadas de pan con mantequilla cada uno y té de la China. ¡Qué testarudos deben de considerarnos los demás al vernos aferrados a las costumbres que teníamos en Inglaterra! Aquí, en esta limpia terraza, blanca e impersonal, con sus siglos de sol, recuerdo las tardes de Manderley a las cuatro y media, con la mesa arrimada al fuego de la biblioteca. La puerta se abría puntualmente, al minuto, y comenzaba la ceremonia, siempre igual, de poner la mesa para el té; la bandeja de plata, el agua caliente, el mantel como la nieve. Mientras, *Jasper*, con las orejas caídas, pretende mirar con indiferencia la llegada de los pasteles. Todos los días, sin falta, se nos ofrecía aquel festín y, sin embargo, ¡qué poco comíamos!

Me parece que estoy viendo aquellos bollos bien calientes, chorreando mantequilla. Y las diminutas tostadas, y los bizcochos, calentitos, harinosos. Emparedados con ingredientes desconocidos, de sabor misterioso y riquísimo; y no hay que olvidar el delicioso pan de jengibre ni el bizcocho llamado «de ángel», que se deshacía en la boca, o aquel otro más sólido, cuajado de pasitas y ralladuras de limón. Había comido suficiente para dar de comer a una familia hambrienta durante una semana. Nunca llegué a saber qué hacían luego con todo aquello, y el derroche me preocupaba a veces.

Pero jamás me atreví a preguntar a la señora Danvers lo que hacía con aquellas cosas. Me hubiera mirado desdeñosamente, con una sonrisa helada, de superioridad, y me la imagino diciéndome:

—Mientras vivió «la» señora, nunca hubo motivo de queja.

¿Qué será de la señora Danvers? ¿Y de Favell? Creo que fue la expresión de la cara de ella la que me hizo experimentar mi primera sen-

sación de intranquilidad. Me hizo pensar instintivamente: «Me está comparando con Rebecca», y una sombra fría como una espada de agudo filo se interpuso entre nosotras.

Aquello ya acabó, ya ha pasado. Cesó mi tormento y los dos somos libres. Hasta mi fiel *Jasper* se ha ido al paraíso de los perros, y Manderley ya no existe. Allí está, como un cascarón vacío, entre la maleza y los bosques, tal como lo vi en mi sueño. Una masa de hierbajos, un refugio para pájaros. Puede que algunas veces llegue hasta él un vagabundo buscando cobijo durante un aguacero, y si es un hombre valiente, podrá pasear por el parque sin impedimentos. Pero el tímido, el nervioso cazador furtivo, hará bien en evitar los bosques de Manderley. Podría llegar sin darse cuenta a la casita de la playa, sobre cuyo tejado repiquetearía la lluvia, y poco descanso encontraría en aquel lugar. Puede que el ambiente allí sea aún algo angustioso... Y aquel recodo del camino, donde los árboles casi cierran el paso, tampoco es buen sitio para detenerse cuando ya se ha puesto el sol. El susurro de las hojas parece el del vestido de seda de una mujer que se mueve furtivamente; y cuando de repente tiemblan y caen, desparramándose, bien pudiera creerse que es el eco de precipitados pasos femeninos y aquellas marcas del camino, huellas de unos zapatos de tacón alto.

Cuando me vienen a la memoria estas cosas, busco consuelo en la vista de nuestro balcón. En esta luz intensa y brillante no puede haber sombras; los viñedos pedregosos relucen bajo el sol y las buganvillas están polvorientas. Puede que algún día llegue a mirar este sitio con cariño. Por ahora, si no me inspira afecto, por lo menos me da confianza. Y la confianza es algo que aprecio mucho, aunque me haya llegado algo tarde. Supongo que lo que, por fin, me ha hecho audaz es ver hasta qué punto él depende de mí. Por lo menos, ya me he librado de aquel apocamiento, de la timidez y la inseguridad ante un extraño. Hoy soy muy distinta de aquella persona que llegó por primera vez a Manderley en automóvil, llena de esperanzas e ilusiones, con la desventaja de una torpeza irremediable y llena de deseos de agradar. Claro, no era sino mi falta de aplomo lo que solía causar tan mala impresión a gente como la señora Danvers. ¿Qué debía de parecerle yo, después de haber conocido a Rebecca? Me veo tal y como era entonces, atravesando con la memoria, como por un puente, el abismo de los años, con el pelo lacio y corto, una chiquilla de cara lavada, vestida con un traje sastre, que me sentaba muy mal, y un jersey que yo misma me había hecho, siguiendo a la señora Van Hopper como un potro asustadizo e intran-

quilo. Ella entraba siempre a comer antes que yo, balanceando con apuros su cuerpo regordete sobre los tacones, con una blusa remilgada y llena de encajes, justo homenaje a sus senos abultados, y moviendo las caderas; su sombrero nuevo, atravesado por una pluma enorme, lo llevaba inclinado hacia un lado, dejando ver la ancha frente, tan desnuda como las rodillas de una colegiala. En una mano llevaba un bolso gigantesco, en el que se mezclaban pasaportes, libros de notas y la puntuación de las partidas de bridge, y con la otra jugaba con los inevitables impertinentes, fieros enemigos de la intimidad ajena.

Se dirigía a su mesa de costumbre, en un rincón del comedor, cerca de la ventana, y tras colocarse los impertinentes ante los ojillos porcinos, miraba a derecha e izquierda, dejándolos caer luego de su cinta negra, mientras lanzaba una exclamación de contrariedad:

—¡Ni una *persona* conocida! Voy a tener que pedir que me rebajen el precio. ¿A qué se creerán que vengo yo aquí? ¿A mirar a los botones?

Y llamaba al camarero, con una voz aguda y marcada, que cortaba el silencio como una sierra.

¡Qué distinto es el comedorcito en que hemos estado hoy de aquel otro, ornamentado y ostentoso, del Hôtel Côte d'Azur, en Montecarlo! Y qué diferente mi compañero de ahora, cuando sus manos firmes y bien formadas pelan una mandarina, tranquila, metódicamente, alzando de vez en cuando la vista para sonreírme, en comparación con la señora Van Hopper, con sus dedos gordezuelos y llenos de sortijas, revolviendo en el plato colmado de raviolis, lanzando una rápida mirada de su plato al mío para ver si yo había elegido mejor que ella. No valía la pena que se molestara, pues el camarero, con esa milagrosa rapidez de los de su oficio, hacía ya tiempo que se había dado cuenta de mi categoría inferior, subordinada, y había colocado ante mí un plato de lengua y jamón que alguien había rechazado hacía una hora por mal trinchado. ¡Es curioso ese resentimiento, esa evidente impaciencia de los criados! Me acuerdo de una vez que estuve invitada con la señora Van Hopper en una casa de campo, y la criada jamás acudía a mis tímidas llamadas ni me traía los zapatos, y cuando me servía el té congelado por la mañana lo dejaba ante la puerta de mi cuarto. Lo mismo ocurría en el Hôtel Côte d'Azur, aunque más disimuladamente; algunas veces, la estudiada indiferencia llegaba a convertirse en una familiaridad sonriente y ofensiva, que me hacía rehuir como si se tratara de prueba penosa hasta el hecho de comprar unos sellos al empleado de la recepción. ¡Qué joven, qué inexperta debía de parecerles! ¡Y lo peor es

que hasta yo misma me sentía así! Era demasiado susceptible, demasiado suspicaz, y muchas palabras dichas sin intención se me antojaban hirientes y punzantes.

¡Qué bien me acuerdo de aquel plato de lengua y jamón! Estaba reseco, poco apetitoso, cortado por la parte de fuera, pero no me atreví a rechazarlo. Comíamos en silencio, pues a la señora Van Hopper le gustaba concentrarse en la comida, y llegué a la conclusión, por la salsa que le chorreaba por la barbilla, que los raviolis le parecían excelentes.

No era aquél un espectáculo como para hacerme más apetecibles los fiambres que había elegido yo, así que aparté la mirada y descubrí entonces que la mesa junto a la nuestra, vacía durante los últimos tres días, estaba preparada para alguien. En aquel momento, el maître, después de inclinarse en una reverencia reservada a los clientes más distinguidos, conducía al recién llegado hacia su mesa.

La señora Van Hopper soltó el tenedor y cogió los impertinentes. Me hizo enrojecer mientras miraba sin disimulo, y el recién llegado, sin darse cuenta de que estaba siendo examinado, echó una ojeada al menú. La señora Van Hopper cerró los impertinentes con brusquedad ruidosa e inclinándose hacia mí a través de la mesa, con los ojillos brillantes de animación, dijo con una voz demasiado alta:

—Es Max De Winter, el dueño de Manderley. Habrá oído hablar de él, por supuesto. Parece como si estuviera enfermo, ¿verdad? Dicen que no puede sobreponerse a la muerte de su esposa.

CAPÍTULO III

A veces me pregunto qué habría sido de mi vida si la señora Van Hopper no hubiera sido una esnob. Es curioso pensar que el curso de mi vida estuvo pendiente, como de un hilo, de aquel defecto suyo. Su curiosidad era una enfermedad, casi una manía. Al principio me quedaba pasmada, azorada a más no poder. Cuando veía a la gente reírse de ella a sus espaldas o marcharse disimuladamente si la veía llegar, o hasta esconderse en la escalera de servicio para no encontrarse con ella, me sentía como el cabeza de turco que ha de aguantar los castigos merecidos por su amo. Ya hacía varios años que venía al Hôtel Côte d'Azur, y si se descuenta su afición al bridge, era bien sabido en Montecarlo que su única distracción era jactarse de la amistad que la unía con los visitantes de relieve, aunque ésta se limitase a haber coincidido en el edificio de Correos. Siempre se las arreglaba para presentarse a ellos, y antes de que la víctima oliese el peligro, ya había recibido una invitación para visitarla en su saloncito particular del hotel. Sus métodos de ataque eran tan directos y tan rápidos que pocas veces había oportunidad de escapar. En el vestíbulo del Côte d'Azur se había apoderado de cierto sofá, situado a medio camino entre el vestíbulo y el comedor, y allí tomaba el café después de la comida y de la cena, de manera que cuantos iban y venían no tenían más remedio que pasar junto a ella. En algunas ocasiones me utilizaba como reclamo o cebo para atraer a su presa, y me mandaba, con gran disgusto mío, atravesar el vestíbulo para dar un recado, para pedir prestado un libro o una revista, o la dirección de cualquier tienda, o para comunicar a alguien el súbito descubrimiento de un amigo en común. Parecía como si tuviera que alimentarse de gente conocida, del mismo modo que algunos inválidos a los que se les ha de dar la sopa con la cuchara. Aunque prefería los títulos, cualquiera que hubiera aparecido retratado en los periódicos le bastaba. Nombres citados en una columna de ecos de sociedad, escritores, pintores, ac-

tores y gente por el estilo, aunque fueran mediocres, la atraían con tal de haberlos visto impresos.

Me parece estarla viendo como si fuese ayer, en aquella tarde inolvidable –no importa cuántos años hace ya– en que sentada en su sofá favorito en el vestíbulo maduraba su plan de ataque. Por la manera de golpearse los dientes con los impertinentes y lo brusco de sus movimientos, me fue fácil comprender que estaba examinando las diversas posibilidades. Y también supuse, cuando la vi levantarse de la mesa sin tomar el postre, que quería terminar de comer antes que el recién llegado para instalarse en el lugar por el que tendría que pasar su víctima. Se volvió de repente hacia mí con los ojillos relucientes.

–¡Sube corriendo al cuarto y búscame aquella carta de mi sobrino! Ya sabes cuál: la que me escribió en su viaje de novios junto con unas fotos, ¡corre, tráemela enseguida!

Comprendí que ya había madurado un plan y que su sobrino iba a servir de pretexto para la presentación. Una vez más sentí vergüenza por tomar parte en sus maquinaciones. Como el ayudante de un malabarista, yo iba sacando los objetos y después me quedaba en silencio esperando atentamente la próxima señal. Yo estaba segura de que cualquier intromisión molestaría al recién llegado. Por lo poco que me había dicho acerca de él durante la comida, un amasijo de chismes reunidos por ella hacía diez meses a través de los periódicos y que luego había guardado, listos para ser utilizados cuando llegase la hora, pude darme cuenta, a pesar de mis pocos años y de mi falta de mundo, de que le molestaría esta repentina invasión de su soledad. Por qué había elegido el Hôtel Côte d'Azur no era cosa nuestra; sus problemas eran de su incumbencia, y cualquiera que no fuese la señora Van Hopper así lo habría comprendido. Pero tanto el tacto como la discreción le eran absolutamente desconocidos, y por la sencilla razón de que ella no podía vivir sin chismorreos, este desconocido tendría que prestarse a ser escudriñado minuciosamente. Encontré la carta en un cajoncito del escritorio, pero dudé unos segundos antes de bajar de nuevo al vestíbulo. Me parecía que al demorarme le concedía unos segundos más de soledad.

Me hubiera gustado tener valor para bajar por la escalera de servicio, llegar al comedor dando un rodeo y avisarle de la emboscada. Pero las conveniencias sociales no me lo permitían, y, además, no hubiera sabido cómo decírselo. No tenía más remedio que bajar y sentarme, como de costumbre, al lado de la señora Van Hopper, mientras ella,

como una araña enorme y astuta, tejía alrededor de este desconocido su amplia red de tedio.

Tardé más de lo que imaginaba, pues cuando volví al vestíbulo vi que él había salido ya del comedor, y que ella, por miedo a perder la ocasión, no había esperado la carta, sino que se había arriesgado a presentarse directamente. Él estaba sentado a su lado, en el sofá. Fui hacia ellos y le entregué la carta sin decir nada. Él se levantó inmediatamente, mientras la señora Van Hopper, roja de gozo por el éxito alcanzado, extendía la mano en mi dirección y farfullaba mi nombre.

—El señor De Winter va a tomar café con nosotras. ¿Quieres decir al camarero que traiga otra taza? —dijo en un tono lo suficientemente displicente como para prevenirle acerca de mi posición.

Quería dar a entender que yo era muy joven, muy poquita cosa, y que no era necesario incluirme en la conversación. Siempre que quería dejar patente ante alguien su superioridad sobre mí, empleaba ese tono, y aquel modo displicente de presentarme lo usaba en defensa propia, pues una vez me tomaron por hija suya, lo que nos causó a las dos un gran apuro. Indicaba con su brusquedad que no era preciso que nadie me hiciera caso y el aviso servía para que las mujeres me saludaran con una ligera inclinación de cabeza que bastaba, además, para despedirme, y que los hombres se repantigaran cómodamente en sus sillones, encantados de poder hacerlo sin pecar de groseros.

Por eso me sorprendió ver que el desconocido permanecía en pie y que fue él quien llamó al camarero.

—Siento tener que contradecirla —dijo—; pero son ustedes las que van a tomar café conmigo.

Y antes de que yo pudiese darme cuenta de lo que ocurría, se sentó en la incómoda silla que yo solía ocupar y yo me encontré en el sofá, junto a la señora Van Hopper.

Cruzó por la cara de la señora Hopper un mohín de disgusto, pues aquello no encajaba en sus planes, pero pronto se serenó, y adelantando su voluminoso cuerpo hasta interponerlo entre la mesa y yo, se inclinó hacia la silla en que estaba él sentado y comenzó a hablar alto y con gran entusiasmo, mientras agitaba la carta en una mano.

—Le conocí en cuanto entró usted en el comedor —dijo—, y pensé: «¡Anda!, pero si es el señor De Winter, el amigo de Billy. Tengo que enseñarle las fotos de Billy y de su esposa, tomadas durante su viaje de novios». Y aquí las tiene usted. Ésa es Dora. ¿Verdad que es preciosa? Mire qué cinturita y qué ojazos. Aquí, en ésta, están tomando el sol en

Palm Beach. Billy está loquito por ella, como ya se puede usted suponer. Claro, cuando dio aquella cena en el hotel Claridge todavía no la conocía. Por cierto que fue allí donde le vi a usted por primera vez. Pero..., usted no se acordará de una anciana como yo.

Y con una mirada provocativa dejó entrever los dientes en una sonrisa.

—Al contrario, me acuerdo perfectamente —repuso él, y antes de que ella pudiera atraparle instigándole a recordar su primer encuentro, le ofreció su pitillera, lo que la obligó a callar mientras encendía el cigarrillo—. No creo que me gustara Palm Beach —dijo él, apagando la cerilla, y cuando le miré se me ocurrió que no encajaría en el ambiente de Florida.

Lo veía más en una ciudad amurallada del siglo xv, una ciudad de calles estrechas y empedradas, de afilados campanarios, cuyos habitantes vestían medias de estambre y zapatos puntiagudos. Tenía la cara atractiva, sensitiva, en cierta manera medieval, y me recordaba un retrato que había visto en un museo, no sabía cuál, de un Caballero Desconocido. Si le quitabas su traje de cheviot y le vestías de negro, con cuello y puños de encaje, él nos contemplaría, a los de este mundo moderno, desde uno muy remoto, un mundo pasado, donde los hombres paseaban al amparo de la oscuridad y se escondían en la sombra de las puertas, un pasado de angostas escaleras y calabozos sombríos, un pasado de cuchicheos en la noche, de hojas de espada relucientes y de cortesía silenciosa y exquisita.

Quise recordar el nombre del pintor antiguo autor de aquel retrato. Lo veía en la esquina de la sala y me seguía con los ojos desde su marco oscuro.

Pero ellos estaban hablando y yo había perdido el hilo de la conversación.

—No, ni siquiera hace veinte años —dijo él—. Esas cosas no me han entretenido nunca.

Escuché la carcajada complacida de la señora Van Hopper.

—Si Billy tuviera una casa como Manderley, tampoco andaría haciendo el tonto en Palm Beach —dijo—. Según me han dicho, es un palacio de hadas, no se le puede describir de otra manera.

Calló, esperando su sonrisa, pero él continuó fumando su cigarrillo y noté que en la frente le aparecían unas líneas tenues como hilos de gasa.

—Claro, he visto fotografías —insistió ella— y es encantador. Me acuerdo que Billy me dijo que era mucho más bonito que esos enormes palacios; no comprendo cómo puede usted abandonar aquello.

Su silencio se hizo más violento y cualquiera lo hubiera notado, pero ella continuó con la gracia de una apisonadora, atropellando, aplastando un jardín particular. Enrojecí, humillada por su indiscreción.

—Ustedes, los ingleses, son todos iguales cuando hablan de sus casas —dijo, y su voz retumbaba, cada vez más subida de tono—. Les quitan mérito para que no les crean orgullosos. ¿Es verdad que Manderley tiene una galería de trovadores y algunos cuadros muy valiosos? —Se volvió hacia mí como para explicarme algo y añadió—: El señor De Winter es tan modesto que no lo quiere decir, pero he oído que esa casa tan preciosa pertenece a su familia desde la Conquista. Dicen que la galería de los trovadores es una joya. Supongo, señor De Winter, que sus antepasados hospedaron con frecuencia en Manderley a la familia real.

Esto era más de lo que yo había temido, incluso viniendo de ella, pero el rápido latigazo de su contestación fue aún mucho más inesperado:

—No desde Etelredo. El Etelredo llamado El Indeciso.¹ Da la casualidad que la primera vez que se le aplicó ese sobrenombre fue en mi casa. Siempre llegaba tarde a cenar.

Se lo tenía merecido, y la miré esperando ver el cambio de expresión; pero aunque parezca increíble, no se inmutó y fui yo la que sufrí en su lugar, como un niño que ha recibido un cachete.

—¿De veras? —exclamó torpemente—. No lo sabía. No estoy muy fuerte en historia y siempre me he hecho un lío con los reyes de Inglaterra. Pero es muy interesante. Se lo tengo que escribir a mi hija, que sabe mucho de estas cosas.

Hubo una pausa y sentí que la sangre se me agolpaba en la cara. Lo que pasaba era que yo era demasiado joven. Si hubiera sido mayor, él y yo habríamos intercambiado una mirada y una sonrisa, y la conducta increíble de la buena señora habría creado un vínculo entre los dos. Pero lo que ocurrió fue que me sentí avergonzada, y sufrí con esa angustia peculiar de quien es aún muy joven.

Él debió de notar mi apuro, pues se inclinó hacia mí y me preguntó con voz suave si quería más café, y cuando dije que no con la cabeza, noté que continuaba mirándome entre perplejo y reflexivo. Estaba tra-

1. Etelredo II, rey de Inglaterra (978-1016), llamado *the Unready*, es decir el no preparado, el que no estaba listo. El juego de palabras que sigue está basado en este último significado. (*N. del T.*)

tando de averiguar exactamente qué me unía a la señora Van Hopper y si yo era tan necia como ella.

—¿Qué piensa usted de Montecarlo, o nunca se ha parado a pensar en ello? —dijo.

El hecho de que me incluyera en la conversación me turbó aún más. ¡Pobre de mí, recién salida del colegio, con los codos rojos, los pelos lacios! Dije algo obvio y estúpido acerca de lo artificioso del lugar, pero antes que pudiera acabar mi frase a tropezones, intervino la señora Van Hopper.

—Está demasiado mimada, señor De Winter; eso es lo que pasa, y nada más que eso. Cualquier muchacha daría los ojos por ver «Monte».

—No sería ése el mejor método de conseguirlo —dijo él sonriendo.

Ella se encogió de hombros y lanzó una gran bocanada de humo al aire. Creo que no entendió la broma.

—Yo soy una fiel entusiasta de Montecarlo. El invierno inglés me mata. Mi salud no lo puede aguantar. Y usted, ¿qué ha venido a hacer? No es de los que vienen todos los años. ¿Va a jugar al bacará o ha traído sus palos de golf?

—No he decidido nada aún. He venido sin tiempo para hacer planes.

Debieron de ser sus propias palabras las que removieron su memoria, pues palideció y volvió a fruncir el ceño ligeramente. La señora Van Hopper continuó impertérrita:

—Claro, aquí echará de menos las nieblas de Manderley. Aquello es muy distinto. Esas comarcas del oeste deben de ser deliciosas en primavera.

Noté un cambio casi imperceptible en sus ojos, algo indefinido, y me pareció haber captado algo íntimo que no me concernía. Apagó su cigarro en el cenicero y dijo:

—Sí, Manderley está ahora en todo su esplendor.

Sobrevino un silencio, un silencio incómodo por algún motivo, y mirándole con disimulo noté que ahora me recordaba más que nunca a mi Caballero Desconocido, que, encubierto y misterioso, recorría una galería en la noche. La voz de la señora Van Hopper penetró en mi sueño como un timbre eléctrico.

—Supongo que usted debe de conocer a mucha gente aquí, aunque he de confesar que Montecarlo está muy aburrido este invierno. Apenas se ve una cara conocida. El duque de Middlesex está aquí con su yate, pero todavía no he subido a bordo. —Nunca había subido, que yo supiera. Luego continuó—: Claro que usted conoce a Nell Middlesex. ¡Es encan-

tadora! La gente dice que el segundo niño no es de él, pero yo no lo creo. La gente es capaz de decir cualquier cosa de una mujer bonita. Y Nell es preciosa. Oiga: ¿es verdad que los Caxtons-Hyslop se llevan muy mal?

Así continuó cotilleando, sin notar que todos aquellos nombres a él le tenían sin cuidado, y que según hablaba ella, él se sumía más hondamente en el silencio y en la reserva. Pero ni una vez la interrumpió ni miró el reloj, como si se hubiera propuesto mostrarse lo más atento posible desde el momento en que la puso en ridículo delante de mí, y a no apartarse de su propósito pasara lo que pasase. Le liberó un botones que vino a decirnos que una modista esperaba a la señora Van Hopper en sus habitaciones.

Él se levantó inmediatamente, apartó la silla y dijo:

—No quiero entretenerla. Las modas cambian tan deprisa que si tarda usted en subir ya no serán las mismas.

Ella no comprendió el sentido burlón de su comentario y se lo tomó como una broma.

—He tenido mucho gusto en encontrarme con usted, señor De Winter —dijo, mientras nos acercábamos al ascensor—, y ahora que me he atrevido a romper el hielo, espero verle con frecuencia. Tiene usted que venir a mis habitaciones a tomar algo. Mañana por la tarde vienen unos amigos. ¿Cuento con usted?

Yo desvié la mirada para no tener que verle en el apuro de buscar una excusa.

—Lo siento mucho —respondió—; pero probablemente mañana vaya a Sospel y no sé a qué hora estaré de vuelta.

Ella aceptó la excusa de mala gana, pero al llegar al ascensor aún nos detuvimos otra vez.

—¿Le han dado una buena habitación? El hotel está medio vacío, de manera que si no está a gusto no dude en protestar. ¿Le ha deshecho el equipaje su criado?

Esta familiaridad ya pasaba de castaño oscuro, incluso viniendo de ella, y pude ver el gesto que ponía él.

—No tengo criado —dijo tranquilamente—. Acaso usted quisiera ayudarme.

Esta vez la flecha dio en el blanco: se puso colorada y dejó escapar una risita.

—No creo que... —comenzó, y de repente, de la manera más inesperada, se volvió hacia mí—. Puede que tú pudieras ayudar al señor De Winter si necesita algo. Para algunas cosas tienes bastante maña.

Callamos todos un momento; yo me quedé en tensión, esperando la contestación. Él nos miró, burlón, casi sardónico, mientras sus labios esbozaban una ligera sonrisa.

—Me parece una idea encantadora, pero me atengo al lema de mi familia: «Camina solo y llegarás más lejos». Tal vez no lo conociera usted.

—¡Qué raro! —dijo la señora Van Hopper cuando subíamos en el ascensor—. ¿Crees que esa manera de marcharse habrá sido una broma? Los hombres hacen cosas así algunas veces. Me acuerdo de un escritor muy conocido que solía bajar corriendo por la escalera de servicio cuando me veía venir. Supongo que yo le gustaba y no se sentía seguro de sí mismo. De cualquier modo, en aquellos tiempos yo era más joven.

El ascensor se detuvo bruscamente. Llegamos a nuestro piso. El botones abrió las puertas.

—Por cierto, querida —dijo según íbamos andando por el pasillo—, no lo tomes a mal, pero esta tarde has estado un poquito impertinente. Esa manera de querer monopolizar la conversación me ha hecho pasarlo mal, y estoy segura de que a él le ha ocurrido lo mismo. A los hombres eso les molesta horrores.

No respondí. No había contestación posible.

—¡Vamos! No te pongas así, mujer —continuó riendo y encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, yo soy la responsable de lo que tú hagas aquí, y bien puedes aceptar un consejo de una mujer que podría ser tu madre. *Et bien, B laize, je viens...*

Y tateando una canción se metió en su cuarto, donde la modista la estaba esperando.

Me arrodillé en el asiento que había junto a la ventana y me puse a contemplar la tarde. El sol aún brillaba resplandeciente; el viento soplaba alegre, con fuerza. Dentro de media hora estaríamos jugando al bridge, todas las ventanas herméticamente cerradas, con la calefacción central al máximo. Pensé en los ceniceros que tendría que limpiar, y en las colillas manchadas de carmín, mezcladas con restos de caramelos de chocolate y crema. No es fácil el bridge para quien ha sido educado en la ciencia de los naipes con juegos como el *snap* y *happy families*; además, a los amigos de la señora Van Hopper les aburría jugar conmigo.

Tenía la sensación de que mi aspecto aniñado les cohibía y ponía freno a su conversación. Igual que ocurre durante una comida hasta que llegan los postres y la criada desaparece. No podían dar rienda

suelta a su afición al escándalo y la murmuración. Los hombres asumían una especie de cordialidad forzada y me hacían preguntas en broma acerca de historia y de arte, adivinando que hacía poco que yo había salido del colegio y suponiendo que éstos eran los únicos temas posibles de conversación.

Me separé de la ventana con un suspiro. El sol estaba lleno de promesas; el mar, batido por el viento juguetón, blanco de espuma. Pensé en el rincón de Mónaco que había visto hacía dos días, con aquella casa torcida que se asomaba a la plaza empedrada. En lo alto del tejado había una ventana estrecha, casi una tronera. Podría haber albergado a un caballero medieval; y cogiendo del escritorio lápiz y papel dibujé de memoria, medio distraída, un perfil pálido y aquilino. Ojos sombríos, nariz aguileña y el labio superior un poco despreciativo. Le añadí luego una barba puntiaguda y un encaje alrededor del cuello, como había hecho el pintor mucho tiempo atrás, en otra época.

Llamaron a la puerta y el chico del ascensor entró con una carta.

—La señora está en su cuarto —le dije, pero él movió la cabeza y dijo que era para mí.

La abrí y encontré una sola hoja de papel, escrita con una letra que no conocía.

«Perdóneme por la grosería de esta tarde.»

Nada más. Sin firma, sin encabezamiento. Pero vi mi nombre escrito en el sobre, y bien escrito, lo cual era un poco extraño.

—¿Hay contestación? —preguntó el botones.

Alcé la vista de aquellas palabras escritas deprisa.

—No; no hay contestación.

Cuando se marchó me metí la nota en el bolsillo y volví a mi dibujo; pero ya no me gustaba; la cara me parecía rígida y sin vida, y la gola y la barba se me antojaron de atrezo.